

el que luego ocupó el puesto de Corregidor de Tlascalala.

Pruebas: El poeta celebrado en el *Canto de Caliope* era sevillano, y no podía, por lo tanto, ser el autor de los *Pastores del Betis*.—La patria, á más de los datos expuestos, la expresa categóricamente Rodrigo Méndez de Silva, cuando al decir que la familia de los *Cervantes* estaba desde muy antiguo establecida en Sevilla, cita á Gonzalo Cervantes, famoso soldado y poeta. Lo confirmó Pellicer, añadiendo que éste y el otro, Fray Gonzalo, ambos fueron sevillanos.

La época del elogio también se relaciona mejor con el Corregidor que con el autor del libro de los *Pastores*. El que en 1583 era ya bastante famoso en armas y en letras para merecer corona de laurel y encina, no era fácil publicase novelas pastoriles cincuenta años después, en 1634; y es mucho más probable que en premio de sus servicios militares fuera nombrado en 1599 corregidor en Nueva España. Más aún: si ya en 1583 era celebrado y merecía las coronas de Apolo y Marte, Gonzalo Cervantes, ¿no tendría siquiera veinticinco años? Luego en 1634 tendría sus setenta y seis; edad que más es para pensar en otra vida que para hacer novillos y escribir novelitas en ésta.

Todo induce á creer que el Gonzalo Cervantes celebrado en el *Canto de Caliope* fué el valeroso soldado que en premio de sus servicios obtuvo el corregimiento de Tlascalala, y que por sus dotes y aficiones de

poeta cultivó la amistad del escritor Eugenio Salazar, que por aquel tiempo, en que el primero pasó á Méjico, era oidor en la Audiencia de la capital.

TERCERA SERIE

I

Muchos años han pasado, tal vez una veintena de ellos, que en su carrera se deslizan con desesperante velocidad, desde un día en que muchos amigos aficionados á las letras y más apasionados á *Cervantes* y de las obras de su ingenio prodigioso, hacían cábalas y comentarios con cierta amarga ironía sobre una extraña resolución del célebre escritor Doctor Thebussem, que por entonces acababa de hacerse pública. El estimadísimo autor que con su natural agudeza había hecho creer á más de cuatro en la existencia de aquel Doctor alemán, tan de *Embuste* como su castillo de *Mentir* y su muy completa colección cervantina; que por el largo espacio de ocho años vino dando alimento sabroso á la curiosidad de los literatos con sus *Cartas Droapianas*, recibiendo aplausos de todas partes, anunciaba en alta voz, ó para hablar con más propiedad, en letras gordas, *que se cortaba la coleta*, que abandonaba el culto de *Cervantes* y el estudio del *Quijote*.

Unánimes estuvieron las opiniones en deplorar y

aun censurar aquella retirada. Tan sólo uno de los concurrentes se aventuró á sostener que el Doctor Thebussem no dejaba entonces, ni dejaría en cuantos años el cuerpo le hiciera sombra, de ser cervantista activo, trabajador, entusiasta; y que aquello de *cortarse la coleta* y descuidar á *Cervantes* por la philatelia, por el correo, por la cocina ó por la tauromaquia, tenía tanto de verdad... como otras cosas suyas.

Varias pruebas pudieran ofrecerse que así lo demostrarían á las claras en el tiempo transcurrido; pero he pescado recientemente algunas más graves, que voy á presentar como decisivas, vivitas y coleando.

El excelente artista toledano D. Federico de Latorre, trasladó hace muy poco en una valiente pintura la imagen del gran *Alonso Quijano*, perfecta y detenidamente estudiada; y hubimos de departir por muy larga manera, el pintor y otros amigos, sobre la propiedad con que aquél había representado al personaje, adornando su rostro con largos bigotes.

Terció discretamente el Doctor en la polémica, asegurado que el retrato *le parecía magnífico, superior y admirable*; y añadió que *la carencia de accesorios del cuadro le encantaba, como le encantaba también la supresión de las barbas*. Y como demostración agregaba que el Hidalgo manchego debe representarse *solamente con bigotes*, con arreglo á la clara y categórica descripción del capítulo XIV de la Parte II, en donde el Caballero del Bosque dice: «pe-

«leé con Don Quixote, y le vencí y rendí, y es un
«hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y
«avellanado de miembros, entrecano, la nariz agui-
«leña y algo corva, *de bigotes grandes, negros y*
«*caídos.*»

Hubo alguno que se atrevió á replicar, que si bien el texto alegado era fiel y legal, no lo era menos aquel otro del mismo *Cervantes* en donosísimo pasaje del capítulo XXXII, cuando terminada la comida en casa de los Duques «y en levantando los manteles, llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil, asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabón napolitano. Llegó la de la fuente y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de Don Quixote, el cual, sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyendo que debía ser usanza de aquella tierra en lugar de las manos lavar *las barbas*, y así tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del jabón le manoseó *las barbas* con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no sólo por *las barbas*, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente Caballero, tanto, que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de nada desto eran sabidores, estaban esperando en

»qué había de parar tan extraordinario lavatorio.
 »La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo
 »de jabonadura, fingió que se le había acabado el agua,
 »y mandó á la del aguamanil fuese por ella, que el
 »señor Don Quixote esperaba. Hizolo así, y quedó
 »Don Quixote con la más extraña figura y más para
 »hacer reir que se pudiera imaginar. Mirábanle to-
 »dos los que presentes estaban, que eran muchos, y
 »como le veían con media vara de cuello más que
 »medianamente moreno, los ojos cerrados y *las bar-*
bas llenas de jabón, fué gran maravilla y mucha
 »discreción poder disimular la risa.»

Contradicción tan evidente y trascendental era capaz de producir un cisma, si un tercero no hubie-
 ra acudido á poner paz con el antiguo adagio jurí-
 dico: *distingue tēpora et concordabis jura*. Es decir,
 que el Bachiller Sansón Carrasco pintaba á Don
 Quijote tal cual le había visto y tratado en su casa,
 durante los meses de su forzosa inacción, limpio,
 aseado, afeitándose con frecuencia y dejando crecer
 únicamente *los bigotes grandes, negros y caídos*.

Al llegar al castillo de los Duques, después de un
 mes ó más de correr sus aventuras, caminando al sol,
 durmiendo al raso, comiendo mal los más de los
 días, corriendo por montes y valles, no debía llevar
 muy en un punto el cuidado de su persona; *las bar-*
bas habrían crecido, acompañando irregularmente á
los grandes bigotes que sacara de su aldea, y estuvo
 en su lugar la jabonadura, procediendo *Cervantes*,
 como siempre, cual fiel y escrupuloso cronista.

¡Cervantes for ever!

En confirmación del persistente cervantismo del
 Doctor Thebussem, puede leerse en el número de
La Ilustración Española y Americana, correspon-
 diente al 8 de Septiembre de este mismo año, un ar-
 tículo suyo sobre *El Colofón*, en el cual adviértese
 «que la primera edición del *Quijote* ofrece las menu-
 »das particularidades siguientes:

»No lleva colofón:

»Ni aprobación:

»En la portada llama al señor *Ingenioso Hidalgo*,
 »y en la tabla *valeroso caballero*:

»Y, por último, pone *finis*, cosa creo que no vista
 »en libros castellanos. El tal *finis* no debe ser hijo
 »de los impresores, y sí del autor, que al terminar su
 »obra escribía en latín ó italiano

»Hoc scripserunt:

»In laudem Dulcineæ... y

»Forsi altro... Y entiendo que se le corrió la plu-
 »ma, é inconscientemente puso *finis* en vez de *fn*.»

El que con tanto amor y sutileza estudia los me-
 nores detalles de la edición príncipe de *El Ingenio-*
so hidalgo Don Quijote de la Mancha, ¿podrá decir
 con razón que no ha sido, es y será siempre entu-
 siasta cervantista?

Una sola observación al discretísimo artículo.

Esos reparos encontrados en la edición príncipe, son igualmente aplicables á las otras dos que imprimió el propio Juan de la Cuesta en 1605 y en 1608.

III

Son tantas y tan originales las reminiscencias que en obras muy celebradas se encuentran de los escritos de *Cervantes*, que nunca se acabará de recogerlas. Viene muy á cuento la opinión del docto literato francés Mr. Emile Chasles, que juzga el breve *Prefacio* que puso Molière á su comedia *Las Preciosas ridículas*, como abreviación francesa del *Prólogo* escrito por *Cervantes* al frente de la Primera Parte del *Quijote* (1). ¡Molière inspirado por *Cervantes*!

«*Cervantes* respondió alegremente á sus detractores—escribe Chasles—que admiraba su pedantismo, sus libros atiborrados de citas, sus prontuarios; los elogios que se prodigaban en griego, su erudición, sus comentarios, sus notas marginales, su cualidad de Doctores; pero que él era perezoso por naturaleza y no iría á buscar en los autores lo que él podía expresar sin ellos; y, por último, que para decir una tontería lo mismo puede decirse en español que en latín.»

«Molière había leído estas burlas cuando escribió su *Prefacio*.»

(1) *Michel de Cervantes, sa vie, son temps.*—Par Emile Chasles.—Paris.—Didier.—1866, pág. 27.

Nótase, en efecto, cierta analogía en el tono general y muy particular, en ciertos conceptos, como cuando escribe *Cervantes*: «También ha de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo menos de sonetos cuyos autores sean Duques, Marqueses, Condes, Obispos, damas ó poetas celebérrimos; aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darían, y tales, que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España.»

A semejanza dice Molière: «J'aurais parlé aussi à mes amis, qui pour la recommandation de ma piece, ne m'auraient pas refusé ou des vers français ou des vers latins. J'en ai meme qui m'auraient loué en grec; et on n'ignore pas qu'une louange en grec est d'une merveilleuse efficace á la tête d'un livre.»

IV

Tiene gracia la anécdota quijotesca que refiere Don Julio Enciso en las *Memorias* del celebrado tenor Julián Gayarre (1).

«El libro favorito de Julián Gayarre—dice—era el *Quijote*. Tan entusiasta se hizo de él, que era muy raro el día en que no sacase á relucir, en el curso de sus conversaciones, alguna de las famosas aventuras del andante caballero ó alguna de las frases del socarrón Sancho. Mediaba la circunstancia,

(1) *Memorias de Julián Gayarre.*—Madrid.—1891.

»además, de ser el primer libro que había leído en
»su vida, y por cierto que lo adquirió de bien extra-
»ño modo.

»Siendo oficial de herrero en Pamplona, tuvo que
»ir á una casa á hacer el arreglo ó compostura de
»algunas cerrajas. (Contaría entonces el que luego
»fué tenor eminente y celebrado en toda Europa, de
»diez y seis á diez y ocho años.) En una de las ha-
»bitaciones había en el suelo un montón de libros
»cubiertos de polvo y arrinconados como cosa
»vieja.

»Gayarre, que siempre tuvo gran afición á la lec-
»tura, cogió uno de ellos y bonitamente se lo guardó
»bajo la blusa. Cuando volvió á su casa se encontró
»con que el tal libro era la vida del ingenioso hidal-
go *Don Quijote de la Mancha*.

»Aquel fué, decimos, el primer libro que leyó, y
»tanta gracia le hizo y tan grabado se le quedó en la
»memoria, que jamás pudo olvidarlo.

»Verdad es—contaba—que como no tenía otro y
»tanto me divertía, lo leí más de treinta veces.»

V

Uno de los puntos que con mayor atención y
cuidado han estudiado los biógrafos de *Cervantes*,
es el de sus relaciones con Lope de Vega, en diferen-
tes épocas de su vida, investigando minuciosamente
para ello, y como los indicios más vehementes, las
menciones que en sus respectivas obras dejaron con-

signadas el uno del otro cada cual de aquellos gran-
des ingenios.

Por parte de *Miguel de Cervantes* es fácil la la-
bor. Sus obras son muy conocidas, y en todas ellas,
desde el *Canto de Caliope*, en *La Galatea*, hasta el
Prólogo de la Segunda Parte del Quijote, el elo-
gio es franco, espontáneo, natural, sin reticencia
alguna.

No puede decirse lo mismo por parte de Lope
de Vega. Recorriendo el historiador de nuestra lite-
ratura Mr. W. Ticknor el inmenso cúmulo de sus
obras, solamente encontró cinco ocasiones en que
se hace mención de *Miguel de Cervantes*; pero tie-
nen carácter tan diferente, tan variado esas citacio-
nes hechas por el *Fénix de los ingenios*, que merecen
se llame nuevamente la atención sobre ellas, ha-
ciendo notar sus circunstancias.

Es de advertir, que además de las cinco mencio-
nes recogidas por Mr. Ticknor, hay otros varios
lugares en que Lope nombra á *Cervantes*, y todas
voy á referirlas; siendo más de interés la adver-
tencia, cuanto que la primera que he de citar no
ha sido utilizada hasta ahora por los cervantistas,
aunque se encuentra en una notable comedia de
Lope y es de las más francas y expresivas ala-
banzas.

1.^a—En *La Viuda Valenciana*, comedia que ya
tenía escrita Lope de Vega, cuando en el año 1604
dió á la estampa en Sevilla el libro que tituló *El
Peregrino en su patria*, en la escena XV del acto